

Soberanía y Literatura

Luis Alfredo Álvarez
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, Venezuela
lalfredo@ucab.edu.ve

Resumen

A partir de las propuestas teóricas sobre el concepto de soberanía formuladas por los autores Carl Schmitt, George Bataille, Maurice Blanchot y Giorgio Agamben. El presente ensayo pretende reflexionar sobre la hipótesis de que la topología literaria es un estado de excepción. Para ello trataremos de revisar, en un primer momento, el concepto de soberanía y, en un segundo tiempo, observar su funcionamiento dentro de lo que llamamos la literatura.

Palabras clave: soberanía, literatura, estado de excepción, topología literaria.

Sovereignty and literature

Abstract

Based on the theoretical proposals on the concept of sovereignty formulated by authors such as Carl Schmitt, George Bataille, Maurice Blanchot and Giorgio Agamben, this essay aims to reflect upon the hypothesis that literary topology is a state of exception. To do so, we will try, firstly, to review the concept of sovereignty and, secondly, to observe its operation within what we call literature.

Keywords: sovereignty, literature, state of exception, literary topology.

«Hear melodies are sweet, but those unheard

Are sweeter...»

Ode on a Grecian Urn

John Keats¹

En *La Odisea* de Homero nos encontramos con el canto de las Sirenas. Allí, el héroe hace uso del engaño para burlar la voracidad de las hermosas y terribles criaturas. De las sirenas se conjeturaba que cantaban porque, antes del hijo de Laertes, nadie habría podido dar una verificación de cómo eran, qué sexo tenían o si eran aladas como aves o tenían aletas como los peces. Su única realidad parece que era el canto. Un canto hechicero que atraía a los incautos navegantes hacia la muerte. El propio Odiseo señala que era un ofrecimiento de conocimientos puros y dulces como la miel². Lo anterior podría interpretarse como la promesa de un «aleph» borgiano o de un objeto que satisfaga en un instante todo el anhelo del hombre por poseer la sabiduría. Una sabiduría que terminaría por perder a quien osara salir a su encuentro. El sagaz héroe, consciente del peligro que corre, instruye a que se le amarre al mástil de la embarcación, sostén de la realidad e instrumento necesario para continuar la lógica del viaje. Manda al resto de la tripulación a taparse con cera los oídos y los obliga a desatender cualquier petición de su parte para ser desatado. Odiseo, bajo la protección de sus propios decretos, se entrega momentáneamente al disfrute del canto, se abisma en el espacio del afuera, se recrea en la negatividad de la ficción sin morir en el intento. Construye su soberanía.

El presente ensayo tiene como objetivo la aproximación a la topología literaria como un espacio soberano. Para ello trataremos de definir en un primer momento el concepto de soberanía y, en un segundo tiempo, observar su funcionamiento dentro de lo que llamamos la literatura.

Carl Schmitt, jurista y filósofo del Tercer Reich, publica *Teología política* y allí aclara que la soberanía es un estado de excepción donde se evidencia el poder jurídico, supremo e independiente ejercido por el soberano, entendido este como aquel que decreta dicho estado de excepción. Aunque nuestro interés no es adentrarnos en el universo de las filosofías del derecho, es necesario resaltar que el concepto de soberanía

¹ John Keats, *Odas y Sonetos* (Madrid: Ediciones Hiperión, 1995), 160.

² Cfr. Homero, *La Odisea*, trad. José Manuel Pabón (Madrid: Ediciones Gredos, 1993), 291.

justifica la autonomía de los estados con respecto a una normativa global, además de proteger los intereses nacionales con respecto a cualquier desorden externo e interno que ponga en peligro la administración de la nación. Por otra parte, y allí una de sus paradojas, la soberanía está normada dentro de cualquier carta magna. Esto quiere decir que, bajo una amenaza, se activa el estado de excepción previsto en las leyes para actuar sin ellas. Decimos entonces que es una paradoja porque al decretarse la soberanía, se demuestra que un estado puede gobernarse sin un marco legal y, por otra parte, revela que el derecho es una construcción arbitraria, sin asidero natural o metafísico que en cualquier momento puede ser revocada. El ejercicio soberano pone al descubierto dos poderes: primero, el que lo normal solo se evidencia en lo anormal y, por otra parte, que lo único natural es ir contra la regla. Como afirma Carl Schmitt: «En la excepción, la fuerza de la vida afectiva hacer salta la costra de una mecánica anquilosada en la repetición»³.

Por su parte, George Bataille, en su ensayo *Lo que entiendo por soberanía*, se aleja de la filosofía del derecho e inserta la soberanía como uno de los rasgos fundamentales de lo que denomina la parte maldita del hombre. Bataille establece que el hombre transgrede todo aquello que lo subordina al trabajo y a la necesidad del mismo. ¿Cómo se subvierte dicha dinámica? Asumiendo la condición de dios y todos los dioses, sin dejar de sumar a reyes y a niños. Todos ellos tienen la potestad de alterar el orden que termina por categorizar la actividad humana solo desde lo útil. De ahí que los dioses, los reyes, los niños —agregaría además a los escritores y lectores— se dediquen a consumir, a gastar, a disfrutar lo que los otros trabajan. No el consumo animal que satisface un instinto, sino un consumo de excedentes y que se relaciona con el lujo en su sentido de lo que ya no sirve, lo sobrante, lo improductivo. Asumir la vida como un gasto es asumir la soberanía. La soberanía sigue siendo un estado de excepción para Bataille pero en contraposición al *homo laborans*. La soberanía es espacio de la inutilidad como preámbulo a una experiencia que nos abre hacia la nada como lugar de creación de la vida, que al fin de cuentas produce el milagro del hombre. Porque ser soberano es entender que se produce vida desde la nada, que está presente desde los orígenes en la inapelable condición mortal y que tiene, como alfa y omega, a la muerte⁴. George Bataille explica dicha negatividad de esta forma:

Este milagroso negativo, dado en la muerte, responde muy claramente al principio [...] según el cual el instante milagroso es el instante en el que la espera se resuelve en NADA. En efecto, es

³ Carl Schmitt, *Teología política* (Madrid: Editorial Trotta, 2009), 21.

⁴ Cfr. George Bataille, *Lo que entiendo por soberanía* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1996).

LUIS ALFREDO ÁLVAREZ

el instante en el que somos lanzados fuera de la espera, de la espera, miseria habitual del hombre, de la espera que somete, que subordina el instante presente a algún resultado esperado. Justamente, en el milagro, somos remitidos de la espera del porvenir a la presencia del instante iluminado por una luz milagrosa, luz de la soberanía de la vida liberada de la servidumbre⁵.

Podríamos considerar que la soberanía para el pensador francés es la asunción de la sacralidad humana en un mundo subsumido y alienado por la necesidad animal y la actividad mercantil. Y como dioses o monstruos convertimos dicha soberanía en una ética y una estética que permite al soberano aplicar métodos que abran la posibilidad a los otros de asumir su estado de excepción.

Para cerrar esta breve disertación teórica, es pertinente hablar del concepto de soberanía como potencia. Esta concepción ha sido manejada por el filósofo y filólogo italiano Giorgio Agamben. En su libro titulado *Homo Sacer, El poder soberano y la nuda vida*, estudia la tradición dejada por Carl Schmitt, Bataille y Foucault y reflexiona la soberanía como una práctica biopolítica. Agamben empieza por diferenciar la vida entendida como calificada para algo (*bios*) y la vida entendida como una condición natural (*zōē*). Luego explica que la política desde tiempos antiguos lo que ha hecho es administrar la inclusión o exclusión de esta última vida cuyo adjetivo es la desnudez. Esto lo podemos observar en las estructuras que el poder, representadas por un tipo de orden discursivo, trata de determinar, clasificar y asimilar semánticamente a la funcionalidad de los hombres en un espacio social dado. Así es posible saber lo que es normal y anormal o lo que está sano de lo que está enfermo con el fin de excluirlo, confinarlo o apropiárselo a través de nuevas categorías o «semantizaciones». Sin embargo, hay fenómenos (sujeto-objetos) que se encuentran en la frontera de los sentidos y el concepto de soberanía permite la ejecución de una estructura legal que legitima la condición de no ser nada. En otras palabras, el soberano es aquel que determina lo que todavía no ha sido determinado como pura exclusión, como pura potencia y no como acto⁶. Al respecto, Agamben agrega con su particular manera de manejar las etimologías:

Llamamos bando (del antiguo término germánico que designa tanto la exclusión de la comunidad como el mandato y la enseñanza del soberano) a esa potencia en el sentido propio de la *dynamis* aristotélica, que es también siempre *dynamis me energeîn*, potencia de no pasar al acto)

⁵ Bataille, *Lo que entiendo por soberanía*, 73.

⁶ Cfr. Giorgio Agamben, *Homo sacer, el poder soberano y la nuda vida* (Valencia: Editorial Pre-textos, 2006), 27-87.

LUIS ALFREDO ÁLVAREZ

de la ley de mantenerse en la propia privación, de aplicarse desaplicándose. La relación es excepción es una relación de bando. E que ha sido puesto en bando no queda sencillamente fuera de la ley ni es indiferente a ésta, sino que es abandonado por ella, es decir que queda expuesto y en peligro en el umbral en que la vida y derecho, exterior e interior se confunden⁷.

El pensador italiano llegará a la conclusión de que la soberanía es un acto violento que irrumpe contra cualquier ordenamiento que quiera simplificar la vida en su estado puro. Por tal razón, hablar de soberanía es hablar de un estado de excepción que se abre a las posibilidades porque sin estar sometido por las normas, depende de ellas.

Veamos esto en el fenómeno literario.

Si revisamos minuciosamente las concepciones de la literatura a lo largo de heterogéneos contextos ideológicos, nos daremos cuenta de que hay unas signaturas de identidad a pesar las diferencias. Una de ellas es que literatura es una obra hecha con palabras y, la otra, que representa una realidad sin ser la realidad. Ya Aristóteles definía la poética como potencialidad de clasificar las diferentes artes de representación (mímesis)⁸. Estas representaciones son hechas por medio de la palabra, bajo unas ciertas normas que engloban y permiten la relación con un mundo, pero también es cierto que la *poiesis* (antigua forma de llamar a la literatura) es pura potencia. ¿Qué significa esto? que la poesía representa al mundo no como es, sino como debería ser. Observemos, para ejemplificar nuestro argumento, el concepto de héroe.

La palabra héroe tiene una relación etimológica con aire, lo que indica que viaja, que lleva un curso, que va por un camino, que tiene un decurso. Si seguimos esta dialéctica, el héroe puede ser entendido como un ser que no solo concentra los valores (*ethos*) más excelsos, a lo mejor excepcionales, de una sociedad, sino que estos lo hacen caminar por encima del suelo. Parafraseando a Agamben, el héroe es un ser que por su conformación está en un bando que le permite hacer en potencia. No es un hombre real, pero lleva sus signos antropomórficos. Además, no es un ser con un único rol social; por el contrario, es múltiple y metamórfico. Es, si vale la expresión, un sujeto soberano que ejercita su estado de excepción. A él se le permite todo, pero no es nada. En ese sentido, podemos explicar el pasaje de Odiseo con el cíclope Polifemo

⁷ Agamben, *Homo sacer*, 73.

⁸ Aristóteles, *Poética*, trad. Teresa Martínez Manzano y Leonardo Rodríguez Duplá (Madrid: Ediciones Gredos, 1999).

cuando le pregunta sobre su nombre y el astuto, diríamos bandido, responde «soy nadie»⁹, para luego, desde esa negatividad, engañar al monstruo, cegar lo y seguir potenciando la mitología del relato.

Siguiendo con estas ejemplificaciones, volvamos al encuentro con las sirenas. Odiseo vuelve a ejercitar su soberanía cuando decide seguir su viaje a Ítaca, pero sin dejar de abismarse en la negatividad del canto. Por eso se amarra a lo conocido, pero dejando sus oídos a la deriva para extasiarse en la sensualidad de las voces que lo llaman a la muerte. Bataille diría que así actúa la soberanía en el burgués, solo por momentos y sin poner en peligro su productividad. Pero un autor como Maurice Blanchot, a quien debemos gran parte de esta impostura, diría que solo adentrándose y perdiéndose en las profundidades del canto, Ulises, Odiseo podría convertir su experiencia en literatura y así transformarse en un aedo, en una figuración de Homero en el país de los Feacios.

Queremos concluir dejando algunas afirmaciones en atención a lo mostrado en los presupuestos teóricos. Conclusiones que enumeraremos no sin escapar de la arbitrariedad de cualquier forma de clasificación o taxonomía. Pasemos, entonces, a asumir nuestra soberanía:

1. La literatura es un espacio de excepción que representa lo que puede ser, pero no es. Es un espacio donde lo que se valida semánticamente se suspende y hasta se anula. Si bien es cierto y hasta necesario el hecho de que la literatura depende de un lenguaje normado, también es cierto y necesario que rompa con la normativa para hacer valer sus potencialidades. Así lo expresa Michel Foucault en su homenaje a Blanchot: «Tan pronto como se lo mira, el rostro de la ley se da media vuelta y entra en la sombra; en cuanto uno quiere oír sus palabras, no consigue oír más que un canto que no es otra cosa que un canto futuro»¹⁰.
2. Como estado de excepción, la literatura no es conocimiento. Desde el siglo XIX hasta nuestros días, los estudios literarios, las academias y campos intelectuales como las universidades han utilizado todas sus estructuras científicas para tratar de justificar el carácter epistemológico de la literatura. Karl Popper, por ejemplo, trata de darle justificación en la filosofía de la ciencia al incluirla en uno de sus Mundos¹¹. La literatura es un espacio en el que nos reconocemos, porque es reflejo de una realidad mentalizada, ordenada según el imaginario cultural. Sin embargo, hay que entender que la

⁹ *La Odisea*, 240.

¹⁰ Michel Foucault, *El pensamiento del afuera* (Valencia: Editorial Pre-textos, 1993), 55.

¹¹ Karl Popper, *El conocimiento objetivo. Enfoque evolucionista* (Madrid: Editorial Tecnos, 2001).

LUIS ALFREDO ÁLVAREZ

realidad de la literatura está en un afuera y que en definitiva no sirve para nada. Además, si hay un conocimiento es el de lo impensado. He allí su soberanía y su potencia. Un ejemplo de ello lo tenemos en el juicio por inmoralidad que se le hizo a Gustave Flaubert por el hecho de haber publicado *Madame Bovary*. La respuesta, aunque infructuosa desde el punto de vista legal, fue «*Madame Bovary c'est moi*». Esta respuesta inyectó al espacio literario su carácter autónomo contra cualquier legalidad o ideología y permitió al escritor ejercer su condición soberana. Al respecto Maurice Blanchot, en *El libro que vendrá*, deconstruye a la literatura de esta manera:

[...] la esencia de la literatura consiste en escapar a toda determinación esencial, a toda afirmación que la establezca o realice: ella nunca está ya aquí, siempre hay que encontrarla o inventarla de nuevo. E incluso nunca es seguro que la palabra literatura o la palabra arte respondan a algo real, posible o importante. Ya se ha dicho: ser artista es no saber nunca que ya existe un arte, ni tampoco que ya existe un mundo [...] quien afirme a la literatura en sí misma no afirma nada¹².

3. Como estado de excepción, la literatura es un lujo. Como afirmamos con anterioridad, no sirve para nada, es inútil; pero no nos debemos sentir desolados por ello. Sirve para ir en contra de la servidumbre de los sentidos impuestos. Es un lugar de transgresión donde negamos el alienante mundo de lo que ha llamado el filósofo germano-coreano, Byung Chul Han, la hiperactividad del rendimiento¹³. La literatura permite, entonces, suscribir lo que diría el personaje de Melville, en *Bertleby el escribiente*, «preferiría no hacerlo»¹⁴.

En fin, la literatura es el espacio de la soberanía que nos abre las puertas a la negatividad como lugar de posibilidades. Solo escuchando el canto transgresor de las sirenas, podemos recrear el milagro de la vida.

¹² Maurice Blanchot, *El libro que vendrá* (Caracas, Monte Ávila Editores, 1992), 225.

¹³ Cfr. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona, Editorial Herder, 2012).

¹⁴ Herman Melville, *Bertleby, el escribiente* (Barcelona, Editorial Siruela, 1998).

REFERENCIAS

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer, el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Editorial Pre-textos, 2006.
- Aristóteles, *Poética*. Traducción de Teresa Martínez Manzano y Leonardo Rodríguez Duplá. Madrid: Ediciones Gredos, 1999.
- Bataille, George. *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1996.
- Blanchot, Maurice. *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.
- Han, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Editorial Herder, 2012.
- Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Editorial Pre-textos, 1993.
- Homero. *La Odisea*. Traducción de José Manuel Pabón. Madrid: Ediciones Gredos, 1993.
- Keats, John. *Odas y Sonetos*. Madrid: Ediciones Hiperión, 1995.
- Melville, Herman. *Bertleby, el escribiente*. Barcelona: Editorial Siruela, 1998.
- Popper, Karl. *El conocimiento objetivo. Enfoque evolucionista*. Madrid: Editorial Tecnos, 2001.
- Schmitt, Carl. *Teología política*. Madrid: Editorial Trotta, 2009.